

la filosofía de Habermas resulta idónea para diseñar un completo y exhaustivo cuadro de estos y otros aspectos, cruciales e insoslayables si queremos tener una perspectiva amplia del panorama filosófico actual. *La historia perdida* goza además de la misma virtud que poseen las buenas obras de filosofía: la belleza de la

prosa en que está escrita no menoscaba en absoluto la profundidad de su contenido filosófico, antes bien lo realza y le confiere el carácter propio de una obra de imprescindible lectura.

Iván Teimil García
Universidad de Oviedo

APOLOGÍA DE LA MENTIRA, POR MIGUEL CATALÁN

MIGUEL CATALÁN: *Antropología de la mentira. Seudología II*, Madrid, del Taller de Mario Muchnik, 2005, 343 pp.

Tras volver la última página de este libro, la empastada tipografía del título engaña de reojo al lector, quien juraría haber leído el título de esta reseña: «*Apología de la mentira*.»

Miguel Catalán entrega, con este segundo volumen del tratado de seudología, un ensayo de calidad adictiva. Como una buena novela.

El proyecto de Catalán es una pesquisa, y sin duda una afición, iniciada hace doce años. Su primera parte, *El prestigio de la lejanía*, era sobre todo un estudio psicológico, un ejercicio de introspección y auto-análisis sobre las causas y la necesidad del auto-engaño, la ensoñación y la utopía. Sin querer se convertía además en una crítica del utopismo y por ello de buena parte de la tradición filosófico-política. Esta segunda parte, *Antropología de la mentira*, profundiza en el auto-análisis, pero es también un pequeño tratado moral. Un tratado de naturaleza subversiva, por cierto, y en consecuencia reconfortante.

Repetir aquí la tesis fundamental del ensayo es turbador, como desvelar el desenlace de un melodrama al posible espectador. Pero estos géneros (el del

libro de Catalán y el de esta reseña) lo autorizan y aun lo requieren. La tesis de Catalán es simplemente que la mentira debe acogerse como parte de lo humano, sin mala conciencia: el engaño es una «realidad no sólo inevitable, sino también aceptable» (p. 291). Y por tanto, *necesitamos* un relato mítico que en vez de condenar la mentira, o proyectar nuestra naturaleza falaz hacia lo otro –el extranjero, el enemigo, la mujer– o descargar la culpa en una causa imaginaria –el embaucador, el diablo, la serpiente–, acepte la insinceridad y el fingimiento como parte esencial y valiosa de lo humano. Un relato que sustituya la nostalgia de una inexistente edad de la inocencia, por una narración sobre el origen animal y humano de la estratagema y la doblez. Catalán propone re-escribir la historia de la especie no como el relato de una caída (una expulsión del paraíso, una condena de los dioses por la culpable desobediencia y ocultamiento), sino como una elevación natural desde la animalidad. Teniendo en cuenta que esa elevación implica una conciencia inteligente que permite la mentira tanto como la sinceridad, la falsedad tanto como la franqueza, la civil ocultación tanto como la transparencia infantil.

La demolición de los mitos emprendida por Catalán contiene capítulos iluminadores: el mito de Prometeo es reinterpretado a

la luz de Esquilo y Goethe, y se convierte en el paradigma de la captura humana de la autonomía negada por los dioses; la expulsión del Paraíso se aprecia como mito ambivalente: por un lado simboliza igualmente el ascenso hacia la autonomía a través de la desobediencia y la ocultación, pero es un episodio paradigmático de proyección, pues el relato desplaza en parte la culpa del varón a la mujer y la serpiente. En todo caso, ambos mitos son recusados como un fundamental error en nuestra auto-concepción. En paralelo a la reinterpretación de estos mitos, corre el desmontaje de cierta mitología filosófica: el buen salvaje de Rousseau; la comunidad ideal de diálogo de Apel y Habermas. Catalán dedica menos espacio a estos relatos filosóficos, pero su tesis se abre paso con la eficacia de un bisturí. Nada humano, ni fáctico ni contra-fáctico, es imaginable en ausencia total de velos, ocultaciones, hipocresía. Eliminado el factor mentira, se elimina de un plumazo la posibilidad de la humanidad misma: el inocente salvaje solitario rousseauiano no es concebible; el participante de una comunidad ideal de diálogo sin engaño ni error, es un ángel buenazo, incapaz de hecho de implicarse en nada humano, porque no responde al concepto esencial de un hombre, tal como Kant mismo reconoce en su *Antropología* (p. 226-27).

En su estructura, la obra es simétrica y parentética: simplificando un tanto, se puede decir que el capítulo inicial «El escándalo de la mentira» y el final «Alcance de los mitos antiguos y petición de un nuevo relato» concentran el análisis antropológico-filosófico-moral. El segundo «Configuración del engaño» y el penúltimo «La proyección del engaño» destilan las explicaciones psicológicas y psicoanalíticas de la mentira, aderezadas con los relatos diversos que cada cultura ha elegido para su propio confort. Los dos

capítulos centrales se consagran a los dos mitos fundamentales de Occidente (el pecado original en sus versiones judaica y griega: Adán y Prometeo) con su correspondiente nostalgia de un origen transparente, que atraviesa nuestra historia colectiva y nuestras neurosis privadas.

La pregunta que se hace Catalán es ¿por qué negamos y deploramos la mentira cuando no sólo vivimos en ella sino que en realidad ni podemos ni desearíamos eliminarla completamente de nuestra vida? Para Catalán detrás de esta pregunta se esconde un escándalo sobre todo intelectual, una hipocresía cultural sonora. Ahora bien, según progresamos en la apasionante lectura de sus recuentos y argumentos, el contenido de esa pregunta se rebela y expresa el mayor escollo para aceptar el argumento de la obra: en efecto, ¿no habrá una explicación antropológica precisamente al hecho de que la cultura niegue y condene una parte tan esencial de sí misma? ¿No serán los mitos acaso necesarios para mantener a la mentira dentro de unos cauces y unas proporciones tolerables? ¿Resiste acaso la civil mendacidad –al margen de la ironía, el humor, la embriaguez o la irreflexión infantil– la verdad pública sobre sí misma? ¿No requiere la salud mental de la sociedad una dosis de auto-engaño, como le pasa a los individuos? ¿No es el terrible efecto de la mentira sobre el engañado, el «extravío de por vida» que señaló Hartmann y el propio Catalán recuerda (p. 19), una causa suficiente para condenarla siempre?

Estas preguntas cuestionarían el proyecto de Catalán y reivindicarían el sentido tópico de los relatos míticos. Él, sin embargo, pide un «nuevo relato.» Sus razones son en el fondo «naturalistas.» El engaño no es consecuencia de una «caída», ni un fruto envenenado de la cultura, sino que es tan animal y tan natural como el bipedismo, la inteligencia o el lenguaje. Negarlo es inconsecuente en tiempos

post-ilustrados, una culpable proyección fundada en el error de ver un mal radical donde sólo hay una gradación infinita de posibles usos del engaño, unos benéficos y tolerados, otros maléficos y reprobables, y otros en fin indiferentes.

La clave del argumento de Catalán aparece muy clara en el siguiente pasaje: «Los peores mentirosos no son quienes declaran sinceramente mentir de vez en cuando, ni siquiera aquellos que declaran insinceramente no mentir nunca, sino justo quienes declaran sinceramente no mentir nunca: pues se autoengañan siempre respecto a sí mismos, anulan en general las grandes diferencias morales entre unas mentiras y otras, tanto en los demás (para condenarlos) como en sí mismos (para absolverse)» (p. 292). Pero defender la naturalidad de la mentira requiere contradecir a una parte considerable de la tradición mítico-religiosa y filosófica.

Catalán llama la atención sobre el «escándalo» que supone la gigantesca hipocresía que rodea el asunto. Juiciosamente comienza por hacernos reflexionar sobre el hecho de que casi nadie llama a otro «mentirosos». La propia palabra es *tabú*. Esto es, además, una constante histórica y trans-cultural. Nada toleramos peor que ser acusados de algo que, sin embargo, hacemos todo el tiempo, con mejor o peor intención. Esta constante es escandalosa porque el engaño, sostiene Catalán, es «intrínseco» a la inteligencia, el lenguaje y la propia libertad.

Los argumentos en este punto son irrefutables; sólo se dispersan y deshilachan al justificar el engaño como intrínseco a la libertad.

Catalán recuerda que los infantes de diecinueve meses son capaces de confundir a los adultos sólo por diversión, que los griegos solían elogiar más la victoria cuando se debía a la astucia que cuando a la fuerza bruta, que incluso la

doctrina cristiana recusa el impulso y la primera intención, y exalta el obrar con «segunda intención», tras reflexionar y meditar la acción y, en consecuencia, ahogando la sinceridad de la intención primera. Incluso el ámbito de la búsqueda de la verdad por excelencia, como la ciencia, ¿de qué se sirve sino de hipótesis, o sea, de ficciones y artificios, hasta el punto de que su avance sería imposible sin ellos?

Un motivo clásico, agustiniano por ejemplo, contra la mendacidad, es la suposición de que el «uso natural del lenguaje es la verdad». Aquí Catalán se ayuda de la semiología de Eco y de la filosofía del lenguaje de Wittgenstein. Las autoridades dotan de lustre unos argumentos que se sostienen sin esos apoyos: nada es un símbolo si no puede emplearse para simbolizar otra cosa, esto es, para engañar o confundir; la mentira no es sino «otro» juego del lenguaje, tiene sus reglas propias, en las que se puede y se debe ser competente para jugar con provecho. La contradicción intrínseca en considerar que el uso natural del lenguaje prohíbe la mentira consiste en que si fuera así, las palabras (el símbolo) se estarían confundiendo con la cosa misma, como ocurre a los infantes y como, residualmente, ocurre cuando asignamos poderes mágicos a ciertas palabras. Si queda alguna duda basta consultar al uso: en los lenguajes mínimamente complejos existe la posibilidad de reforzar lo dicho con certificados de veracidad: «de verdad», «sinceramente», «de corazón», «te lo aseguro», e incluso existen instituciones sociales como el juramento. ¿Qué falta haría tanta enjundia si el lenguaje fuera naturalmente veraz? Más bien parece que tan natural es la transparencia como el ocultamiento mediante las palabras (p. 113).

Hasta aquí dos afirmaciones simples, pero contundentes: la mentira es intrínse-

ca a la inteligencia y al lenguaje. Admitirlas, como sólo cabe hacer ante la evidencia y el peso de los mejores argumentos, equivale a destruir el mito del buen salvaje (en cualquiera de sus versiones) y al menos parte de las bases de cierta ética del discurso: «contra los valedores de cierta ética discursiva, la capacidad de afirmar algo distinto de, o contrario a, lo que se piensa es también un presupuesto lingüístico, no sólo de las lenguas naturales, sino de todo lenguaje que se oriente a producir alguna consecuencia práctica a partir de las cualidades esenciales del habla humana» (p. 109).

Pero Catalán va más allá y aventura que la posibilidad de engañar es intrínseca a la libertad moral. El argumento en esta parte es sutil, y largo, al incorporar el tema de la omnivigencia divina y su significado antropológico. Podría simplificarse en dos líneas argumentales: primera, si suponemos siquiera alguna capacidad divina de «ver el interior de los hombres», entonces la acción humana se configura necesariamente como un intento perpetuo de ocultarse a ese escrutinio; segunda, supuesta una total penetración divina y, por tanto, el castigo inevitable de toda acción pecaminosa (así como el premio necesario de toda acción loable), el hombre no podría actuar jamás *desinteresadamente* como la moralidad requiere. Ambas líneas conducen a un mismo punto: si no podemos actuar con total *secreto* no puede decirse que seamos, estrictamente hablando, libres. Pero actuar en secreto total (ser único y último responsable) no significa otra cosa que *poder ocultar y engañar*, poder tener un discurso público y otro privado. Catalán lo afirma tomando palabras de Kant en la *Antropología*, donde describe como inherente al concepto específico de criatura humana el publicar los pensamientos ajenos, pero reservar los suyos (p. 227).

El carácter intrínseco del engaño se puede confirmar porque los mitos fundamentales de Occidente explican el segundo nacimiento de la humanidad como un acto de ocultación, o engaño a los dioses. En este punto los mitos nos dirigen a una verdad profunda. En otro sentido se equivocan, pues han colocado a Occidente en la paradoja de anhelar una edad de transparencia que nunca existió. En palabras de Catalán: «esta paradoja bajo la cual vivimos los occidentales modernos, generada por un análisis de la condición humana tan errónea como pesimista en los dos mitos, nos presenta en el origen bienaventurado una transparencia que nunca se dio en realidad» (p. 214).

Así, la solución parece sugerirse ella misma, y la demanda de un «nuevo relato» no requiere de mucha argumentación. Cabe preguntarse, no obstante, cuánto haría ese relato por suprimir la paradoja de Occidente. Porque no es obvio que un relato más «veraz» sobre el origen vaya a eliminar la necesidad de afirmar la sinceridad propia deplorando la mentira en otros. Pues el funcionamiento del juego de la mentira, como institución que es, requiere que una cierta proporción al menos de sus destinatarios la tengan por verdad. Porque una mentira no convencional —un «engaño natural»— deja de ser engaño pues deja de ser deliberado.

Las paradojas no parecen solucionarse con la demanda de un nuevo relato. Lo cual no frustra el objetivo de esta *Antropología de la mentira*. La intención no es, por supuesto, «solucionar» nada; únicamente señalar las contradicciones, invitar a la reflexión y contribuir a formar una imagen más fiel de nosotros mismos. Y eso lo consigue desde la primera página hasta la última.

Pedro Francés Gómez
Universidad de Granada